

EL ENCANTO DEL CHILACUAN



Cuentan que por allá —en una vereda llamada la Chorrera—, donde los cantos de las aves adornaban la naturaleza y el cueche resplandecía sus hermosos colores, un grupo de guaguas muérganos fueron tan berracos y salvaron a sus madres; a ellos les gustaba ojear al quinde, que pasaba esplendoroso. Todo esto sucedió un día que era muy bello, donde unas mujeres bien guarmes y otras limpias caricinas, se dedicaban a las labores del campo, dentro de este grupo, había una hermosa chiquilla; también muy curiosa e inteligente, casera y obediente; por lo que su madre le dejó la tarea de hacer la arniada para el almuerzo mientras ella iba a juntar una guangada de chamizas.

En tanto, la pequeña chiquilla preparaba con esmero una deliciosa arniada, los bellos cantos de las aves cesaron, cosa que le provocó inquietud a la muchacha —que dijo-: “Elay, ¿qué pasó ahora?”. Salió corriendo y solo encontró una nota que decía: “llegarántiempos peores”. La guagua se asustó, enseguida miró que la noble y tierna abuelita se acercaba y susurró, “Mi guagüita lempa, no te preocupes, la salvación está en tus manos”. —la mayorcita le comentó— que había llegado un terrible mal que solo afectaría a la piel de las mujeres, causándoles erupciones, pero existía una cura, un fruto ancestral, una poderosa fuente natural de fibras y la única poseedora de la enzima papaína que ayudaba a contrarrestar el crecimiento de las células cancerígenas en la piel.

Este fruto natural y bendito, poseía un nombre muy original “El chilacuan”. Enseguida —la guagua preguntó— ¿cuál chilacuan? No pudo evitar sentir alegría y en medio de la emoción —exclamó— ¡oracite y cómo voy a saber cuál es el chilacuan!, la

abuelita lo describe como un fruto de color amarillo y un olor muy dulce, los cuales solo crecen en el pie de la Chorrera; así que mi pequeña guagua debes emprender tu viaje lo más pronto posible, busca a otras guaguas para que te acompañen a traer los chilacuanes para enfrentar esta terrible situación. Cuando la guagua sale —la abuela grita— “regresa lo más pronto posible antes del anochecer, no olvides llevar el chinde para traer los chilacuanes y un costal para que dé una vez traigas la hierba de los cuyes”. La chiquilla muy afanada se reúne con sus amigos, les empezó a contar todo lo que estaba pasando con sus madres. Les habló sobre el chilacuan, el fruto que los ayudaría a que ese terrible mal terminara para siempre, los guaguas quedan aterrados al escuchar lo que les estaba pasando a sus mamitas, ellos no lo podían creer y no querían de ninguna manera acompañarla, porque les tenían prohibido ir al pie de la Chorrera.

Entonces —ella les dijo— “afanen entumidos, como me van a mandar solita sabiendo qué mamita no dejaba que vayamos allá; sí, la abuelita nos manda es porque nuestras mamitas corren peligro” y semejantes tiritingos la acompañaron; ellos temblorosos buscaron el chinde para los chilacuanes y el costal para traer la hierba de los cuyes y despavoridos salieron con rumbo fijo a lograr su cometido.

El camino lo conocían porque les gustaba andar jugando a buscar nuevas especies de rirres, pues tenían más conocimientos sobre estos, porque en el microscopio de la Tecnoacademia los habían detallado con todas sus características y en medio del camino contaban lo novedosa que era la experiencia;

sin embargo, la incertidumbre los acoquinaba porque sus madres no los dejaban llegar al pie de la Chorrera, la razón era totalmente una incógnita, así que ellos imaginaban muchas historias tratando de llegar a la razón, ¿de qué era lo que había? O ¿qué era lo que escondía la Chorrera?.

En el recorrido; además, se inventaban que había un terrible monstruo y por eso sus madres los protegían tanto. Mientras tanto, la guagua, con mucha inquietud de lo que iban a ver, sintiendo en lo profundo de su corazón miedo de lo que podía suceder, no se dio cuenta y se le enreda el cunche en una rama y —dijo— “juepuchicas, casi hago tricitas mi follado, donde se me hubiera dañado mamita me regañaba”. Sintiendo un poco de nostalgia al recordar a su madre, pero con mucho cuidado y ligereza desenredo su cunche para continuar.

Les faltaba muy poco para llegar a tan anhelado lugar y encuentran un acantilado muy escalofriante que no se miraba su fin, donde debían pasar por el filito con mucho cuidado de no lluspirse, la guagua como no le temía a nada pasó, pero como los otros eran limpio enteleridos y bien aguaguados, con todo el miedo —dijeron— “darasme teniendo o si no, nos desgualangamos”. La guambra ya se encontraba muy preocupada porque debían regresar antes de que anochezca y los muchachos no podían pasar; ya que seguían con mucho miedo y —ella les dice-: “afanen, dejen de ser entumidos, yo ya pasé como no van a poder ustedes, ¡vamos que si se puede!”

La chiquilla les daba muchos ánimos con tal de que los guaguas tengan coraje y pasen, después de mucho tiempo y muchas porras por parte de la niña, lograron pasar, todos muy contentos de ya estar del otro lado del acantilado, daban brincos y se reían de lo sucedido, y —la muchacha les dice—: “carajo, casi que no pasan”, continuaron su camino observando las flores que eran de bellos colores.

Tan esperado momento de descubrir lo que por tanto tiempo les ocultaban sus madres sobre la temerosa Chorrera, llegó el asombro, fue espectacular, había muchos quindes que resplandecían y recordaban la historia que les contaba la abuelita —que decía—: “Los quindes son tan frágiles que pueden acercarse a las flores más delicadas sin mover un pétalo y

además, que sí una de estas aves se aparecía ante cualquier persona, le estaba llevando un mensaje de amor, que bien podía ser de esta tierra o del más allá”, Los guaguas no podían imaginar que llegarían a ver tanta belleza; ya que este paisaje se convertía en fantasía que solo la naturaleza puede ofrecer.



La guagua estaba muy emocionada, pero recuerda el deber, así que los afana y comienzan la búsqueda del fruto ancestral, su color inigualable debía resplandecer como lo había dicho la abuelita. Deciden internarse al fondo de la Chorrera y es ahí donde miran el destello amarillo, corren para comprobar si era de verdad el fruto que ellos buscaban, su olor muy dulce e indescriptible lo hacía único, así que no había duda alguna de que era el fruto saludable que la abuelita había descrito; de ahí que, los guaguas lo recolectaban en el chinde, cogieron la hierba de los cuyes y salieron lo más rápido posible.

Estaban bien agradecidos y regresan a su hogar, sin olvidarse de echarles otra ojeada a los quindes, admirando nuevamente su belleza y así todo se tornó de la mejor forma sin inconveniente alguno. El acantilado ya era un miedo superado y pasaron todos muy contentos, después de su larga caminata llegaron hasta donde estaban sus mamitas infectadas.

La guagua le entrega el chinde lleno de chilacuanes a la abuelita para que ella les entregara la pulpa de la fruta y así el encanto del chilacuan hiciera su maravilloso efecto no dejando huella de aquel mal.



Fue así como todas las mujeres decidieron contarles a sus hijos la importancia de resguardar el pie de la Chorrera, la protección del fruto más valioso había sido encomendado por los dioses. Ahora todo tenía sentido, las mujeres muy alegres al ver a sus hijos de nuevo, los abrazaban, pero la mamá de la guagua muy orgullosa y agradecida —les dice— “Mi guagüita berraca, la más valiente y estos muérganos, son unos héroes”. Regresaron los días que contenían un hermoso sol de acompañante, el majestuoso cueche más radiante que nunca y el canto de las aves continuaron embelleciendo la naturaleza, pero ahora tenían una gran responsabilidad encomendada por sus madres y era contar a todos sobre el poder del chilacuan con la importancia de resguardarlo. Y así puedo decir que esto es verdad y no miento y como me contaron, te lo cuento.

Por: Yorelly Consuelo Ortega Quistial
Tecnoacademia Fija Tuqerres

Jerga Nariñense:

Aguaguados: Consentidos.

Arniada: Sopa de maíz.

Berracos: Valientes.

Carajo: se utiliza para expresar alegría o enojo con más intensidad para las dos cosas.

Caricinas: Mujer que no puede hacer los quehaceres de la casa.

Chamizas: Leña seca.

Chilacuan: Fruta pequeña parecida a la papaya, posible de consumir en forma de dulce.

Chinde: Canasto de base circular, algo ancho y de poca altura.

Chiquilla: Niña.

Cueche: Arcoíris.

Cunche: Falda de la mujer.

Darasme: “Haz el favor de”.

Desgualangamos: Caer.

Elay: Palabra que viene de ¡Hela ahí!, o de la síncopa velay, exclamación muy española: Qué, cómo acá, ahí está ¡Eso es! ¿Lo ve Usted?, ¡ahí está!

Enteleridos: No sabe realizar las cosas con eficacia.

Entumidos: Persona triste, tímida, callada, tonta.

Filito: Orilla.

Follado: Prenda que se coloca debajo de la falda y es tejida a base de lana de oveja y teñida de colores muy llamativos.

Guaguas: Niños.

Guagüita: Niña de manera más cariñosa.

Guambra: niña.

Guangada: Atado de leña u otro artículo. Haz de leña, hierba o madera.

Guarmes: Ágil o hace las cosas de la mejor manera.

Juepuchicas: se utiliza para hacer más expresión ante un acontecimiento sin la necesidad de decir una grosería.

Lempa: Linda.

Limpio: “muy” o en mucha cantidad.

Lluspirse: Caerse.

Mal: Enfermedad.

Muérganos: Desobedientes.

Ojear: Mirar.

Oracite: “Ahora si fue”.

Quinde: Colibrí.

Rirres: insectos.

Tiritingos: Enclenque, tembleque.